

Presencia y proyección del Caribe y de Centro América en el SELA.

Entrevista con Fernando Berrocal

Anónimo

Cuando Fernando Berrocal fue designado Secretario Permanente Adjunto del SELA por el Consejo Latinoamericano y subió al estrado para pronunciar palabras de agradecimiento, hubo comentarios sorprendidos de parte de quienes no le conocían personalmente. Esperaban encontrar un hombre de edad más bien avanzada y gestos solemnes, como corresponde ser, tradicionalmente, a un alto dirigente internacional. Apareció ante ellos un joven cuyo único detalle de "solemnidad" podrían ser los anteojos que usa para leer. Sus palabras fueron una suerte de fusión de empuje y madurez. Una nueva sorpresa, esta vez para casi todos los que escuchaban.

Habló de pluralismo ideológico y de la necesidad de la unidad regional "que intereses no latinoamericanos se empeñaron en destruir" en el pasado, "en circunstancias históricas que ciertamente no me corresponde a mi juzgar pero que, como latinoamericano y como costarricense, si estoy en la obligación de recordar". Destacó que el Sistema Económico Latinoamericano nació para restablecer esos principios, impregnado de un "propósito fundamental de unidad, de tolerancia, fraternidad y respeto mutuo", en lo que fue, en octubre de 1975, al suscribirse el Convenio de Panamá, el "reencuentro de todos los pueblos de América Latina".

Sin disfraces

Fernando Berrocal fue elegido unánimemente, por aclamación por los 26 países que integran el Consejo Latinoamericano, órgano superior del SELA a nivel ministerial. Una trayectoria breve pero apretada de experiencias, le ha dado categoría poco usual a los 35 años de edad. Licenciado en Derecho, en la Universidad de Costa Rica, ha seguido cursos superiores de especialización en economía. Militante de la Juventud del Partido Liberación Nacional, fue Presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios de Costa Rica (FEUCR) en 1967 y 1968. Ya recibido de abogado, dirigió "La Prensa Libre", un importante periódico editado en San José.

De 1973 a 1975, se desempeñó como Comisionado Nacional para la Reestructuración del Mercado Común Centroamericano. Poco después, en la Administración del Presidente Daniel Oduber, desde 1976 hasta mayo de 1978, fue el primer Embajador de su país ante la Unión Soviética con sede en Moscú. Seis meses más tarde, acepta el cargo de Director de Consulta y Coordinación en la Se-

cretaría Permanente del SELA. En varias oportunidades había representado a Costa Rica en negociaciones económicas internacionales y en tal calidad participó en las que dieron vida al Convenio de Panamá, constitutivo del SELA.

Para conceder la entrevista solicitada por Nueva Sociedad fue rápido e incondicional. Nos recibió a la hora indicada, sin protocolos. Berrocal fue directo. Cate-górico. Respondió sin buscar frases elípticas para evitar comprometerse. Una sola aclaración "quiero hablar libremente exponiendo el fondo de mi pensamiento y, por lo tanto, no voy a disfrazarlo so pretexto de cuidar mis expresiones por mi actual condición de Secretario Permanente Adjunto del SELA. Y esto por una razón muy sencilla: estoy convencido de que mi posición ideológica es absolutamente compatible con mi actual responsabilidad internacional. Si no fuera así, no habría aceptado el cargo. Es obvio, sin embargo, que mis palabras no comprometen a la Secretaría Permanente ni representan, necesariamente, lo que el organismo plantea".

Esa fue toda la introducción. Y el diálogo comenzó de inmediato.

Usted ha sido elegido Secretario Permanente Adjunto del SELA por votación unánime de 26 países latinoamericanos. ¿A qué atribuye esta elección?

- Pienso que fundamentalmente hay un reconocimiento a Costa Rica. En una medida muy importante y decisiva para el futuro de la región, América Latina en esta década de los ochenta necesita lo que constituye la esencia de la tradición costarricense: el diálogo, la búsqueda de coincidencias y la tolerancia. Esa realidad quizás explique el respaldo unánime a mi nombre. Institucionalizar el diálogo, como nunca antes, es hoy necesidad y exigencia en América Latina. Eso lo saben todos los países, aunque cada uno de ellos, individualmente, represente opciones ideológicas y modelos distintos de organización política y económica. La elección de un costarricense en este alto cargo regional la atribuyo a esa necesidad y la sitúo en el contexto de esa exigencia de diálogo, de pluralismo, de búsqueda de coincidencias y de tolerancia, sin la cual será imposible construir la unidad de América Latina y enfrentar la crisis económica internacional del presente.

¿No es esa una posición idealista? ¿Es posible construir la unidad de América Latina?

Sí es posible y, más que eso, es necesaria la unidad de América Latina. Lo que nos une es más que lo que nos diferencia. En absoluto se trata de una posición idealista. Todo lo contrario. Si la unidad, fundamentada en la cooperación y en la integración económica, fue una aspiración de las décadas pasadas, en el presente, en los ochenta, es una necesidad impuesta por los hechos. Ningún país de América Latina, ni siquiera los grandes y poderosos en el contexto de nuestra realidad regional, están en capacidad de enfrentar solos la crisis económica internacional. Menos aún los pequeños. Esta es una realidad estructural y objetiva, superior a las diferencias ideológicas o a los problemas de coyuntura. Es, además, una reali-

dad nueva. Una situación derivada de profundos cambios cualitativos ocurridos en las relaciones internacionales, en los que poco o nada nuestra región ha influido. Esa es la realidad. Estamos enfrentados a una nueva situación internacional. En ese contexto, América Latina ciertamente tiene opciones y posibilidades reales, pero sólo en tanto sea capaz de concertar por encima de las diferencias y ejercitar internacionalmente, con unidad y firmeza, su poder conjunto de negociación. No hay otro camino racional, ni en la teoría ni en la praxis. Por eso afirmo la necesidad del diálogo y la tolerancia como presupuesto de esa unidad y como exigencia del presente en América Latina.

Usted afirma que "lo que nos une es más que lo que nos diferencia", refiriéndose a los países latinoamericanos. Permítame decirle que esta frase, con más o menos los mismos términos, ha sido repetida una y mil veces, históricamente. Sin embargo, en la práctica estos países han vivido, parodiando a García Márquez, más de ciento cincuenta años de soledad recíproca. ¿Cómo se puede, entonces, seguir hablando de que es tanto lo que nos une?

- La historia de la relación entre nuestras individualidades nacionales, es cierto, está plagada de situaciones conflictivas, rivalidades de mayor o menor envergadura, litigios fronterizos muchas veces absurdos por lo minúsculos o por lo mal intencionados de quienes los estimulan o provocan o, simplemente, por la miopía de algunos dirigentes. Hay errores históricos imperdonables. Piense tan sólo en Cuba y el bloqueo, por citar un hecho de ayer que pone de manifiesto, al máximo, el alcance de esta miopía increíble.

- A la vez, sería absurdo y negativo que, por constatar la existencia de esas divergencias y de esa "soledad" a la que usted se refiere, los latinoamericanos de hoy siguiéramos resignados a que nuestros países profundizaran ese aislamiento. Lo que nos corresponde, lo que nos obliga, en estos días, es superar esas diferencias y construir la unidad actual y futura sobre bases reales pragmáticas, tomando en cuenta las experiencias solidarias del pasado, que existen y son muchas y de mayor peso que los errores y equivocaciones. Quizás intuitivamente, los pueblos latinoamericanos han vivido muchas etapas reales, ocasiones históricas, en las cuales han podido llevar a la práctica ese sentido de la unidad. Nicaragua es el mejor ejemplo de hoy. Tenemos que probar con hechos y con realidades concretas y no con palabras vacías que es cierto y, más aún, que deseamos estrechar y consolidar los lazos de unidad, hacer efectivo el pluralismo y aislar las divergencias.

- Esto no es fácil. No hay que engañarse. Además del peso de la historia, ahí están los distintos modelos económicos e incluso las diferencias fundamentales en cuanto a la organización política. Reconocer esas divergencias es ser realista y objetivo. Como también lo es la magnitud del reto exterior y las dimensiones de la crisis económica que afrontará el mundo y por consiguiente América Latina, en la década de los ochenta. Por eso, no me mal entienda. Si digo que debemos buscar raíces históricas para hablar de unidad, no es que piense que América Latina debe avanzar "mirando hacia atrás". Pertenezco a una generación a la cual le im-

portan el presente y el futuro. Y hablo del futuro que debemos empezar a construir ahora mismo, cuando afirmo que la "unidad regional", en un mundo dividido por bloques de poder económico y político, es la tesis de hoy en América Latina.

¿Qué papel corresponde al SELA en este esfuerzo por construir la unidad de América Latina?

- Pienso que decisivo. El SELA es el foro lógico y el instrumento natural de este esfuerzo regional.

¿Y por qué sólo el SELA y no otros organismos como la OEA, la CEPAL o los esquemas subregionales de integración?

- Al SELA no le corresponde ningún papel exclusivista. Este es un esfuerzo múltiple y complejo, en el que todos los organismos regionales y subregionales tienen un papel protagonista importante y decisivo que desempeñar. Lo que sí afirmo es que estamos hablando de responsabilidades exclusivas de América Latina. De esto no me cabe la menor duda.

En cuanto a los organismos subregionales de integración, lo que está planteado es que en el marco del SELA, se propicie la convergencia de estos esquemas y el desarrollo de múltiples instancias de cooperación regional, tanto desde una perspectiva geográfica o por núcleos de países, como por áreas de acción y aun por productos. Se trata, a su vez, de desarrollar un modelo de integración flexible y pragmático que articule los esfuerzos regionales de nivel estatal o privado, en un marco coherente que tenga por objetivo intensificar las relaciones económicas entre los países, a la vez que coadyuve a potenciar la capacidad de negociación y la presencia internacional de América Latina.

¿Usted descarta entonces los modelos interamericanos o hemisféricos?

- Yo no descarto nada. Me atengo a los hechos objetivos. La crisis de los modelos interamericanos o hemisféricos de cooperación es un hecho real y objetivo. No sólo porque los latinoamericanos o algún sector importante de opinión en América Latina así quiera, sino también porque los mismos Estados Unidos han globalizado sus relaciones y nadie en Washington, en 1980, habla de un trato o de una relación especial para América Latina. Ese capítulo está concluido y murió con las administraciones demócratas de Kennedy y Johnson. La situación ahora es radicalmente diferente y no cambiará sea que se reelija a Carter o que Reagan llegue a la Casa Blanca. América Latina, excepto por razones de seguridad militar o por otras razones de naturaleza estratégica en razón del suministro de petróleo, cuenta para el Departamento de Estado y en función de los intereses económicos estadounidenses, tanto como África o Asia. El sur es el sur y ahí estamos nosotros junto al resto de los países en desarrollo. Ese es un hecho objetivo y esa realidad

explica el fracaso actual de las tesis hemisféricas e interamericanas en materia económica.

¿Y en cuanto a CEPAL?

- La situación es otra. En tanto que Naciones Unidas, CEPAL está indisolublemente ligada al principio de universalidad. Sin duda, la CEPAL ha desempeñado un papel fundamental de conciencia crítica en América Latina y, aunque sólo fuera por ese hecho sobresaliente, nuestra región le debe mucho a sus fundadores y a quienes han continuado y acrecentado la obra de Raúl Prebisch. Al punto que no es exagerado afirmar que el pensamiento de la CEPAL está unido a la historia de América Latina en las últimas décadas y que la integración, como tesis y, como realidad económica y política, de una u otra forma se vincula a esa matriz. De ahí que las relaciones entre el SELA y CEPAL son institucionalmente excelentes. Ambos organismos, aunque su naturaleza estructural los diferencia, se complementan. Uno como organismo exclusivamente latinoamericano y el otro vinculado al Sistema de las Naciones Unidas, pero ambos sirviéndole a América Latina. El primero como sistema para la reflexión y la acción concertada y el segundo como instrumento de análisis, evaluación y proyección de las tendencias económicas y sociales existentes en la región y en el contexto mundial.

¿Qué sentido tiene elevar la capacidad económica de América Latina y reforzar su presencia en el ámbito mundial si se siguen manteniendo estructuras y realidades claramente injustas dentro del territorio latinoamericano?

- La pregunta es pertinente. No se trata de fortalecer las estructuras de orden económico y político existentes en América Latina. Mucho menos de legitimar el estado actual de cosas. Tampoco de desviar la atención de los graves problemas sociales de América Latina, centrando nuestra preocupación en los problemas estructurales de la economía internacional. Estoy convencido de que la construcción de un nuevo orden económico internacional, como aspiración legítima de los países en desarrollo en sus justas reivindicaciones frente al norte industrializado, pasa necesariamente y de previo por la atención prioritaria de los problemas estructurales de la economía latinoamericana, tomada en su conjunto o vistos individualmente los países. Es ahí, en esas estructuras, en donde radica la causa fundamental de las situaciones de marginalidad, pobreza y subdesarrollo de nuestros países. Ambos planos están íntimamente vinculados. Lo uno es condición de lo otro y se encuentran a su vez mutuamente condicionados. Por ello creo que este esfuerzo por desarrollar la cooperación intrarregional y perfeccionar la integración, tiene a su vez un gran sentido de responsabilidad social y de compromiso con las **grandes mayorías**, que son la razón central del desarrollo económico y el porqué de toda la acción que pueda desarrollar el Sistema Económico Latinoamericano. Si no estuviera convencido de esto, no habría aceptado ser electo como Secretario Permanente Adjunto y esto se lo digo francamente, con una gran responsabilidad de lo que estoy afirmando.

La crisis mundial

Usted ha hablado de la crisis que vive hoy el mundo. Esta frase se escucha mucho y quizás por esto mismo cada vez se entiende menos o cada quien la interpreta a su modo. ¿Qué es exactamente para usted esta crisis?

- Existe un convencimiento generalizado de que los problemas actuales de la economía internacional no constituyen fenómenos más o menos complejos de carácter coyuntural, sino que estamos enfrentados a una crisis más profunda y delicada de naturaleza estructural. Yo comparto esta última tesis. Los hechos así lo demuestran

- En el curso de la década de los años setenta, el comportamiento de la economía internacional se modificó radicalmente. En el periodo que va desde 1945 hasta 1973, la producción mundial creció el 5 % anual, el comercio al 7 %, los precios aumentaron moderadamente y los desequilibrios del sistema monetario no afectaron la expansión sostenida de las transacciones reales. Por el contrario, en los setenta y particularmente a partir de 1974, el crecimiento de la producción y el comercio mundial se redujo a cerca de la mitad del experimentado hasta 1973, los precios subieron a tasas 4 ó 5 veces mayores que hasta entonces y se agudizaron los desequilibrios de los pagos internacionales, provocándose con ello alteraciones sin precedentes en la postguerra en la paridad del dólar y de las otras monedas fuertes. Esta situación y esta tendencia se ha mantenido, agudizada por otros hechos y por la falta de decisiones interconacionales efectivas, hasta 1980, sin que sean soluciones claras y eficaces en el futuro inmediato.

Usted sitúa su análisis en la inmediata postguerra y lo proyecta hasta la década de los setenta, ¿en qué se basa para ello?

- Bueno, ese es un período lógico de análisis. El mundo de la anteguerra cambió radicalmente a partir de Bretton Wood y desde entonces, cuando se crea el orden internacional actual, hasta el presente, han ocurrido hechos fundamentales. El mundo de hoy no es el de 1945. A partir de esa fecha, la economía mundial, en el ámbito de los países occidentales de economía de mercado y sin que a esta tendencia escapen los países socialistas desarrollados, se caracterizó por una acelerada internacionalización de la producción y la circulación de mercancías y excedentes financieros. En la década de los años treinta, las 2/3 partes de las exportaciones mundiales estaba compuesta por productos primarios y tan sólo 1/3 parte por manufacturas. Treinta años después la proporción prácticamente se invirtió. Así y bajo el liderazgo de las industrias más dinámicas, la producción y el comercio internacional crecieron a ritmos sin precedente histórico.

Este impresionante cambio de naturaleza cualitativa y cuantitativa tiene que ver, a su vez, con un cambio radical en la intensidad y orientación del comercio internacional. Los principales protagonistas de este proceso de expansión e integración de la economía mundial fueron los países industrializados avanzados de

economía de mercado, o sea los Estados Unidos, los países que integran la Comunidad Económica Europea y el Japón. Así, en la cúspide del sistema económico occidental, se consolidó el núcleo más fuerte y dinámico de la economía contemporánea. Las estadísticas, al respecto, son contundentes. Si hacia la década de 1930 el intercambio entre este grupo de países industrializados sólo representaba el 40% del comercio mundial, hacia 1980 la proporción supera con creces el 60%. De esta forma se consolida, en esa cúspide de la economía internacional, el así llamado Sistema Trilateral, como una realidad económica y política esencial a las situaciones de poder mundial del presente. No comprender este hecho ni apreciar sus implicaciones, equivale a falsear desde su base cualquier análisis serio sobre el mundo de hoy.

¿Y cómo influye esa realidad en América Latina?

- En una forma decisiva. Desde la perspectiva de América Latina, estas tendencias de la economía internacional, entre 1945 y comienzos de la década de 1970, impactaron profundamente en la región. Veamos tan sólo una cifra que tengo aquí a mano y que tiene que ver con los Estados Unidos, que ha sido tradicionalmente nuestra principal contraparte económica y comercial. Mientras en 1950 este país obtenía en América Latina el 35% de sus importaciones, a fines de la década de los setenta esa cifra no supera el 12%. No menos preocupante es la situación global para América Latina: de la década de los cuarenta a la de los setenta, la participación de las exportaciones latinoamericanas en las mundiales disminuyó del 11% al 5%. Estas no son cifras frías. Revelan una seria y muy significativa pérdida de poder relativo en el contexto internacional.

Hay que tener presente, también, que a partir de 1974, el salto inflacionario en los países industrializados, el brusco y significativo ajuste en los precios del petróleo a partir de 1973, la recesión posterior en los centros de poder económico mundial y la lenta recuperación de la economía mundial hasta esta fecha, impactaron gravemente sobre la economía de la gran mayoría de los países de América Latina. De ese impacto aún no nos hemos recuperado.

¿Una de las manifestaciones de esta "pérdida de poder" sería la creciente acumulación de deuda externa de América Latina?

- Evidentemente. Todos los factores que le acabo de enumerar limitaron aún más las exportaciones latinoamericanas y sólo el amplio y generoso acceso al financiamiento de libre disponibilidad en los euromercados y en la banca privada internacional, permitió a varios países del área hacer frente a su agudizado desequilibrio externo, sin restricciones severas de su nivel de actividad económica interna. Pero este acceso al crédito internacional implicó un fuerte endeudamiento externo y del servicio de la deuda en la balanza de pagos de la mayor parte de los países de América Latina. Algunos cálculos actualizados sitúan la deuda externa total de América Latina en una suma cercana a los US\$ 200.000 millones y, lo que es más grave, el servicio de la deuda a corto plazo es de una gran magnitud. Esta es otra

realidad y un hecho fundamental al que no se le está dando en América Latina toda la atención que su importancia y gravedad exige. ¡Una deuda externa acumulada, la mayor parte a corto plazo, de doscientos mil millones de dólares! Esta es una situación inédita para nuestra región.

¡Una calamidad, sin dudas! Parece ser que América Latina está cogida en un círculo infernal: tiene que endeudarse para pagar las deudas. ¿Cuál es el fin de esta cadena? ¿O no lo tiene?

- No quiero aparecer como un pesimista, porque no lo soy, pero sí como un hombre realista. Creo que esa es mi obligación como Secretario Permanente Adjunto del SELA. La verdad es que de frente a la década de los ochenta, todo pareciera indicar que, objetivamente, hechos como la desaceleración del crecimiento del comercio mundial, el proteccionismo en los países industrializados, los desequilibrios en los pagos internacionales, las fluctuaciones en las paridades de las monedas fuertes y la inflación, continuarán imperando por algún tiempo en la economía internacional, antes de que estos factores encuentren su punto de equilibrio y la recuperación integral del sistema, si es que esto es posible, supere las serias dificultades del presente. No se llegará ciertamente al derrumbe del orden económico internacional como en los años treinta. De eso estoy claro. Los mecanismos de control del proceso económico son hoy demasiado poderosos como para permitir una violenta del régimen internacional de comercio caída de la producción mundial y la ruptura del régimen internacional del comercio y pagos gestado en los últimos treinta años. Esto es cierto. También lo es que ésta es la nueva realidad económica y política que deberá enfrentar América Latina. Esto es lo que más me interesa señalar. No sólo hoy, o mañana. Este es un problema de ayer, al que debe agregarse el fracaso sistemático de las negociaciones internacionales, tanto en la IV UNCTAD de Manila, como en la III ONUDI, e incluso en todo el proceso preparatorio de la próxima Asamblea General Extraordinaria de las Naciones Unidas que, en principio, tendría que aprobar una nueva ronda de negociaciones globales que se iniciarían en enero de 1981. El norte industrializado ha asumido una posición dura e inflexible. Los países socialistas desarrollados hacen declaraciones y nada más. Su apoyo formal, en la práctica, no pasa de ser declarativo. Es en este contexto y no en otro, en el que estamos hablando de un Nuevo Orden Económico Internacional. Yo me pregunto: ¿Puede América Latina, como bloque, presentarse desunida en las negociaciones internacionales? ¿Se trata sólo de hacer declaraciones formales? ¿Es suficiente presentar una lista de asuntos pendientes al diálogo con el norte? ¿Instar a los países socialistas para que concreten en hechos y realidades económicas su declarado apoyo a los países en desarrollo? No lo creo. La época de las declaraciones formales quedó atrás. Estamos enfrentados a situaciones de poder y de poder real, del que se escribe con mayúscula. ¿Tiene o no sentido, entonces, me pregunto finalmente, que América Latina defina una estrategia conjunta de poder internacional?

¿Cuál es la salida que queda a Latinoamérica en todo este caleidoscopio abrumador de problemas? ¿Cómo resume el alcance de una estrategia latinoameri-

cana en la década de los ochenta? Porque me imagino que debe haber soluciones posibles y factibles, de otro modo no tendrían razón de ser los esfuerzos del SELA ni de ninguno de los esquemas subregionales...

- Esa estrategia, al menos, tiene que contemplar dos direcciones de trabajo y acción concertada. Una orientada hacia la adopción de posiciones regionales coordinadas, tanto en foros internacionales como frente a terceros países. La otra en el campo de la cooperación intrarregional.

En cuanto a lo primero, no se trata de suplantar, ni mucho menos, los enfoques bilaterales y subregionales, sino por el contrario de potenciar aún más esos enfoques desde una perspectiva multilateral acordada conjuntamente entre los países que así lo decidan libremente. Si algo tenemos claro hoy los latinoamericanos, como recientemente le escuchara decir a Felipe Herrera, es que los conceptos de nación, subregión, región y comunidad internacional no se contraponen. De ahí que América Latina, en la década de los 80, con realismo e imaginación, tendrá que definir el alcance, los límites y las posibilidades de una estrategia de negociación concertada y de doble vía, mutuamente beneficiosa, con los países que integran la Comunidad Económica Europea, los Estados Unidos, Japón y los países socialistas desarrollados de Europa. Estoy convencido que ese es un imperativo y una exigencia de los tiempos, como también lo es concertar las posiciones regionales que sean necesarias para actuar, eficaz y unitariamente, en los foros de negociación multilateral establecidos por el Sistema de las Naciones Unidas. Hay que fortalecer el poder conjunto de negociación y la presencia internacional de América Latina. Este es un primer imperativo.

La otra dimensión de la estrategia de América Latina es esta década, tiene que ver con la cooperación intrarregional. Nadie pone en duda la complejidad de los procesos de integración y las dificultades que el Mercado Común Centroamericano, el CARICOM en el Caribe, el Pacto Andino y principalmente la ALALC, han enfrentado y seguramente tendrán que seguir enfrentando en el futuro. Esto es una realidad que no discuto. Se trata de procesos complejos y difíciles. A la vez, creo que coincidiremos en que la ampliación de los mercados, la profundización de la industrialización y las economías de escala, la explotación conjunta de recursos compartidos la complementación y la racionalidad económica, siguen siendo razones fundamentales que dan validez y vigencia a la propuesta integracionista. No se trata de aplicar esquemas rígidos y formales. Al contrario. Hay que articular proyectos de cooperación y desarrollar progresivamente una urdimbre de relaciones económicas entre los países de América Latina, ampliando y profundizando la existente, a fin de replantear y ubicar en una mejor perspectiva concreta, más flexible y pragmática, la idea de la integración en la década de los 80. A tal efecto, los Comités de Acción del SELA están probando ser un excelente instrumento, como se puso de manifiesto al constituir la Empresa Multinacional de Fertilizantes MULTIFERT. Esta es la otra exigencia del presente. Al proteccionismo del norte industrializado tenemos que enfrentar la seguridad de un mercado regional ampliado. Un mercado que hoy es de 500 mil millones de dólares, o sea

que es mayor que el del Mercado Común Europeo en 1959 y varias veces mayor que el de Japón de la misma época. ¿Qué otra opción concreta y real tenemos? Estoy convencido de que América Latina se integra o no podrá enfrentar el desafío de la década.

¿Por qué no profundizamos más en el tema de las relaciones con Africa y Asia, no tanto desde el punto de vista económico sino desde el político? Al respecto nos interesaría conocer su opinión sobre la así llamada "vía tercermundista" y la tesis de "América Latina, clase media del mundo".

- La pregunta me parece fundamental. Primero quisiera plantear un hecho objetivo que no siempre se tiene presente cuando se hace este tipo de análisis. Al constituirse la Organización de las Naciones Unidas, un conjunto de menos de cincuenta Estados suscribieron la Carta de San Francisco, de los cuales los países de América Latina eran prácticamente la mitad. Nuestro peso cuantitativo era decisivo en la inmediata postguerra. Hoy, treinta años después, el número de Estados que integran la ONU casi llega a los ciento cincuenta y América Latina, con la reciente incorporación del Caribe angloparlante al conjunto de naciones independientes, constituye un bloque de veintiocho Estados con un poder relativo y un margen de acción sustancialmente disminuido. En los hechos, por imperativo del proceso de descolonización, hemos pasado del papel de grandes protagonistas al de bloque integrado a Africa y Asia en el denominado Grupo de los 77. Esa es una realidad incuestionable. También lo es que no todos los sectores de dirigencia política en América Latina han asimilado esta realidad. Aún hay grandes núcleos de poder que se sienten protagonistas por este peso exclusivamente cuantitativo que, en el plano internacional, no refleja más el mundo de 1980. Entonces se cuestiona la vía tercermundista, o se recurre a la oratoria grandilocuente y a las declaraciones solemnes, haciendo uso de una diplomacia poco menos que ridícula, además de comprometida con los centros de poder mundial. A mi no me cabe la menor duda del destino tercermundista de América Latina. Esa es una realidad impuesta por la historia. Lo que sí no estoy de acuerdo es aceptar que América Latina, ubicada como bloque junto a Africa y Asia, vea disminuido su liderazgo y su capacidad de acción internacional. Ese es el punto fundamental. Tenemos que convertir el peso cuantitativo de 1945 en un peso cualitativo, producto de un liderazgo propio. Esa es mi tesis central y sobre ello he insistido en esta entrevista. Ese liderazgo, por otra parte, no nos vendrá dado únicamente de que, en términos relativos, seamos económicamente la clase media del mundo. El problema es de naturaleza política, como políticos son todos los liderazgos. América Latina es parte del Tercer Mundo. La pregunta es si ejercemos o no un liderazgo efectivo en el Tercer Mundo, o al menos si los auténticos intereses regionales, en la negociación con el norte industrializado, se reflejan adecuadamente en los consensos globales con Africa y Asia. Esto, de nuevo, no es idealismo; es pragmatismo y realismo. Es defender un lugar justo para América Latina y plantear la necesidad de una estrategia regional en la confrontación de poder a nivel mundial. Estrategia en el sur y estrategia frente al norte.

Centroamérica y el Caribe: un epicentro dramático.

Me parece que en sus declaraciones ya se ha delineado un contexto global de la situación mundial y, dentro de ella, el papel de Latinoamérica. Deliberadamente he dejado para este momento plantear lo que, a nuestro juicio, tiene especial importancia preguntarle a usted como Secretario Permanente Adjunto del SELA y como costarricense. ¿Cuál es el lugar que le corresponde y cuál es la actitud que deben asumir los países centroamericanos y del Caribe en los esfuerzos comunitarios de América Latina?

- La situación económica de Centroamérica es extremadamente difícil. Igualmente la del Caribe. En cuanto que países pequeños, la crisis económica internacional los golpea con más fuerza y dureza que a los países grandes y con mayores recursos de la región. Por la misma razón, la necesidad de la integración subregional y el imperativo de la unidad regional, en un marco ampliado como es el Sistema Económico Latinoamericano, adquiere dimensiones de exigencia fundamental.

- A este complejo cuadro que le he planteado, hay que agregar especialmente, en el caso de la subregión, el tema del suministro y los precios del petróleo, como factor determinante de su actual coyuntura económica. Tengo bien presente la situación de Costa Rica, mi país, que no es esencialmente diferente a la de los otros países centroamericanos y caribeños. Un país que hace tres años tiene estancadas sus exportaciones totales en una cifra que no aumenta sustantivamente, ni en volumen ni en ingreso total de divisas, pero cuya cuenta petrolera ha aumentado de menos de US\$. 15 millones que pagábamos al inicio de la década a una suma que debe estar cercana a los US\$. 250 millones y que, de mantenerse la actual tendencia alcista, llegará en 1982, coincidente con el proceso electoral de ese año, hasta los US\$. 300 millones. Eso significará, ni más ni menos, que una tercera parte del total de las divisas generadas por el país tendrá que destinarse a pagar el petróleo. Esa tercera parte, en el caso de Costa Rica, equivale al total de las exportaciones cafetaleras, que han sido, históricamente, la columna vertebral de su economía. Si a esa situación se agrega la deuda externa acumulada, los graves problemas sociales derivados del proceso inflacionario que sufre su economía y las dificultades señaladas en el sector exportador, no es difícil imaginar la crítica situación que deberá afrontar el nuevo gobierno, sea cual sea su orientación ideológica como resultado de las elecciones nacionales de 1982.

Sin duda, y eso se concluye del análisis que hemos realizado con usted, el petróleo no es el único factor de crisis actual. Lo que si es innegable es que es un factor fundamental y un factor sobre cuya tendencia no podemos hacernos falsas esperanzas. Por una parte tendremos que afrontar el alto precio del crudo y, por la otra, el encarecimiento de los productos de exportación de los países industrializados y la manipulación de las empresas transnacionales. O sea que a nuestros propios problemas deberemos sumar el costo de una altísima inflación importada desde los centros de poder mundial. Es en ese contexto en que debe situarse el re-

ciente acuerdo de México y Venezuela suscrito en San José y que, sin duda, al establecer un mecanismo de facilidades financieras, constituye un apoyo de gran importancia y una muestra ejemplar de solidaridad hacia Centroamérica y el Caribe. Lo que queda planteado es la consideración de un precio diferenciado y preferencial. Sé que el punto es difícil. Soy el primero en reconocer la importancia del factor petrolero como instrumento esencial en la negociación con el norte. Comprendo igualmente el valor político de un criterio unitario y general en materia de precios por parte de los países exportadores de petróleo. Pero el norte es el norte y el sur es el sur. En este sentido, en la década de los ochenta se pondrá a prueba la existencia o no de una efectiva solidaridad al interior del mundo en desarrollo. México y Venezuela están demostrando que esa solidaridad existe y que podemos concluir el análisis económico de esta entrevista con una nota de optimismo hacia el futuro.

En Centroamérica y el Caribe, por otra parte, se confrontan hoy, como en ninguna otra zona de América Latina, las opciones políticas básicas del presente. Una confrontación que ciertamente supera nuestras fronteras, pero que encuentra en la subregión un epicentro dramático por la intensidad y profundidad de la lucha tal y como está planteada. Hay fuerzas empeñadas en fomentar deliberadamente la desunión y el aislacionismo. Está desatada la más sangrienta de las represiones. En Centroamérica y el Caribe la historia se está haciendo todos los días y un nuevo capítulo puede cerrarse con cada hora que pasa. Lo que sí sé y afirmo es que los sectores progresistas y democráticos tendrán que enfrentarse con firmeza y decisión a las fuerzas oscurantistas de la derecha reaccionaria y el nihilismo inconsciente de la ultrazquierda. También habrá que enfrentar y combatir la dependencia mental de quienes, en las últimas décadas, han hecho del servicio a los centros de poder mundial una lucrativa causa personal. No es fácil, entonces, definir ni ubicar hasta sus últimas consecuencias finales del actual proceso político. La confrontación ha costado muchas vidas. Nadie, hoy en día, puede quedarse ausente, al margen de las definiciones, como espectador independiente y neutral. Hay una relación de vasos comunicantes en toda la subregión. Incluso Costa Rica, que ha sido tradicionalmente un país estable y de larga y sólida tradición democrática, es parte esencial de esta confrontación. ¿Qué más puedo decirle? Estoy junto a los que creen que es posible alcanzar la justicia y la igualdad social, en un marco político que a la vez asegure y garantice una convivencia pluralista y tolerante. Eso es una definición y un compromiso.

Berrocal termina de hablar. Tan sorprendentemente como empezara. Nos despedimos y de regreso reflexionamos sobre cuan positivo es que una nueva generación latinoamericana esté llegando a ocupar los puestos decisivos en sus países y en los organismos comunitarios. Un relevo promisorio. Y necesario.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 48 Mayo-Junio de 1980, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.